

ETIQUETA FUTURA

# UNA MIRADA DENTRO DEL SOL

James Patrick Kelly

Un viaje apasionante por la inmortalidad, la religión, el poder, y lo que significa ser auténticamente humano.



02431  
871

Phillip Wing es un arquitecto de fama: ha construido la Nube de Cristal, una de las Siete Maravillas del mundo moderno. Es aclamado, admirado y querido por todo el mundo.

Pero su vida está destrozada. Engañado por su mujer, empujado por los vaivenes de una profesión en la cual se siente inseguro de sí mismo, navega en el mar de sus propias dudas hacia su destrucción. Hasta que los mensajeros, esos seres alienígenas que han venido a la Tierra a predicar y difundir su mensaje, le ofrecen el desafío definitivo: a muchos años luz de distancia una diosa va a morir, y sólo él puede construir el sepulcro que perpetúe su nombre.

Pero aceptar el reto significa el sacrificio definitivo. Significa partir en un viaje sólo de ida, abandonar para siempre la Tierra; significa renunciar a seguir siendo humano, convertirse en algo completamente distinto, ni humano ni alienígena; significa perpetuar de una manera absoluta su soledad.

Pero algo impulsa a Phillip Wing a aceptar el desafío...

*Tras la generación de los clásicos: Asimov, Heinlein, Clarke, Pohl, etc., y tras la generación de los contemporáneos: Spinrad, LeGuin, Ellison, etc., ha aparecido toda una nueva generación de escritores de ciencia ficción que está tomando progresivamente el relevo de las viejas glorias. Nombres como Kim Stanley Robinson, Lucius Shepard, Gregory Benford, Michael Swanwick, por citar sólo algunos de los aparecidos hasta ahora en esta colección, están ocupando los primeros puestos en las preferencias del público anglosajón del género, y es muy probable que dentro de unos pocos años se codeen con los hoy consagrados.*

*James Patrick Kelly es uno de ellos. Aunque hasta ahora se ha dedicado con preferencia al relato corto (su nombre aparece con frecuencia en los sumarios de las principales revistas del género), se ha granjeado un nombre entre el público lector, además de verse nominado tanto para el premio Hugo como el Nébula. Su producción larga, sin embargo, es aún escasa: una novela en solitario, Planet of Whispers, y otra en colaboración con John Kessel, Freedom Beach. Y ésta, por supuesto, su mejor obra hasta la fecha.*

*Una mirada dentro del Sol parte de un relato nominado para el Hugo y el Nébula, «La Nube de Cristal». Sin embargo, Kelly no se limita como otros autores a retomar el relato e iniciar con él la novela. Lo que hace es tomar la esencia del*

*protagonista, ese arquitecto de éxito pero inseguro de sí mismo, y arrancar de ella para plantear una situación límite y ofrecer así un panorama y una visión lúcidos de temas tan dispares como la mortalidad (y la inmortalidad), la religión, el poder, y el profundo sentido de lo que significa realmente ser humano. Una mirada dentro del Sol, que es a la vez profunda y espectacular en su desarrollo, ha sido considerada, en muchos aspectos, como una novela paralela (y rival) del gran clásico de Ursula K. LeGuin La mano izquierda de la oscuridad. Y una advertencia al lector: atención a los últimos tres párrafos del libro. En ellos se halla condensado todo un mensaje sutil pero inolvidable.*

DOMINGO SANTOS



a diosa gritó.

Harumen se estremeció y se sentó en la cama. Hubo un momento de helado silencio; la propia oscuridad pareció pulsar cuando se tensó para oír. Entonces Teaqua gritó de nuevo. Aunque la pesada puerta del sanctasanctórum ahogaba el sonido, los demás en la cama con Harumen se alzaron, despertados de un sueño intranquilo. Pudo oler su miedo..., y el de ella mismo: un penetrante sabor cobrizo reptó por la parte de atrás de su garganta. Alguien se aferró a ella. Resultaba crispante oír a la gobernante del mundo gritar en plena noche como un animal asustado.

Harumen era la favorita de Teaqua, así que pasó por encima de los demás cuerpos y saltó de la cama común. No era la primera vez que la diosa les despertaba de aquel modo. Harumen escuchó por un momento junto a la puerta, luego golpeó la madera con los nudillos.

—¿Teaqua?

Algo iba mal.

—No. Cansada. —La diosa habló con un frenético sonsonete—. Demasiado *largo*. —No creía que Teaqua estuviera hablando con día.

Harumen alzó un pie descalzo, luego el otro, del frío suelo de piedra. No podía decidir qué hacer. En su opinión, la diosa no debería dormir sola; debería estar ahí fuera en la cama con sus amantes. Y no sólo dormía sola, sino que no había compartido placer con ninguno de ellos en meses. Eso no era natural. No le sorprendía que tuviese extraños sueños. Harumen reunió su valor y abrió la puerta.

Teaqua se debatía con la oscuridad. Se agitaba en su cama como alguien aplastado por un enorme peso.

—¿Teaqua?

Se estaba haciendo vieja. Los viejos oían sus susurros más a menudo que los jóvenes, y a veces veían cosas que no existían. Pronto llegaría el momento para Teaqua de renacer.

Harumen se acuclilló a su lado.

—*Teaqua*. —Deseó poder estar en cualquier otra parte excepto allí, contemplando a Teaqua sufrir. Cuando la diosa se inclinó hacia delante, Harumen la sujetó por los hombros. Teaqua gimió, intentó liberarse, y luego se derrumbó hacia atrás como si hubiera sido soltada de repente—. Estabas soñando —dijo Harumen con voz suave. Acarició la parte inferior del rostro de Teaqua—. Ahora despierta. —Un plateado hilo de saliva colgaba de la comisura de su boca. Harumen lo limpió con un dedo.

—Es oscuro. —Teaqua no dijo nada por un momento mientras se recuperaba—, Chan me habló de nuevo.

—Un sueño. —Harumen se sintió azarada. Sabía que los demás estaban escuchando. No había forma de acallar aquello. Le dolía oír a Teaqua balbucear acerca de Chan. Como si una estrella pudiese hablar.

—El sol habló. La habitación estaba llena de luz.

Teaqua había dormido mal últimamente, pero nunca antes había parecido tan loca. Acostumbraba decir que su divinidad era una metáfora del poder. Desde hacía mucho tiempo había dejado de hablar de ello literalmente, y lo mismo hacían sus compañeros de cama. Por la noche se habían burlado de los crédulos sacerdotes y habían discutido las verdades como si fueran mala poesía. Por supuesto, había explicado Teaqua, todavía era necesario jugar a los dioses para las masas. La creencia de la gente en el sol y en su diosa, mantenían de una pieza la teocracia; sólo podría ser desmantelada con el tiempo y mucho cuidado. Las alusiones de Teaqua a los inminentes cambios los habían llevado a todos a una irresistible conspiración. Ella había sido la persona más lista, más cuerda, con mucho

la más fuerte, que Harumen había conocido. Ahora se estaba desmoronando.

Teaqua frunció el hocico.

—Pude oler su aliento. —Irradiaba terror, su cabeza golpeó contra la almohada.

Harumen pudo imaginar lo que dirían los mensajeros. Mirarían a su pequeño y atrasado mundo desde sus astronaves y se echarían a reír. Era absurdo. La propia Teaqua dependía de la tecnología de los mensajeros para llegar a la gente; Teaqua era la que había animado a Harumen a aprender de ellos. Los susurros del dios eran alucinaciones; había pruebas de ello. Chan era acientífico.

—Estás trastornada. —Intentó alisar el erizado pelaje a lo largo de los hombros de Teaqua—. Vuelve a la cama con nosotros. —Harumen nunca podría adorar al sol. Ya no. Lo mismo podía hacer reverencias al viento o rezarles a los glaciares.

—Me mostró una terrible verdad. —Teaqua aferró la muñeca de Harumen—. No renaceré. El dios ha elegido un camino distinto para mí.

En la habitación contigua, alguien rió nerviosamente; Harumen sintió deseos de abofetear al idiota. Afortunadamente, los otros se apresuraron a acallarlo. Harumen miró a Teaqua, con sus sentimientos convertidos en un torbellino. Quería a Teaqua, le dolían sus sufrimientos, pero Harumen estaba furiosa también. Teaqua le había prometido una revolución. Si esta locura continuaba, lo destruiría todo. Teaqua tenía que renacer, o de otro modo los susurros la arrastrarían —y quizás al mundo entero— de vuelta a la superstición. La diosa tenía que renacer, o moriría.

—Tendremos que decírselo. A todos ellos, a cada uno. Chan me ha mostrado mi muerte.

Harumen no sabía qué decir, cómo reaccionar. Esto era un desastre de proporciones históricas. La comprensión retorció su perspectiva. Se sintió extirpada de sí misma,

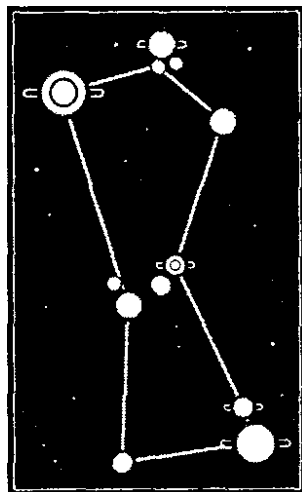
como si fuera una persona distinta que se estremecía en medio de la noche y contemplaba impotente cómo toda una era llegaba a su fin. Miró su mano sobre el hombro de Teaqua como si estuviera a una gran distancia. La mano pareció moverse por voluntad propia cuando peinó el pelaje de Teaqua. Harumen se preguntó si no sería mejor para todos si esa vieja mano incorpórea se cerrara en torno a su cuello. La contempló mientras cruzaba el puente del esternón y encrespaba el denso pelaje. Se sintió horrorizada y fascinada mientras se deslizaba hacia arriba y los dedos se curvaban. Entonces Teaqua tragó saliva y Harumen pudo sentir la garganta de la diosa moverse bajo su mano, y se echó hacia atrás como si se hubiera quemado. No podía hacer aquello.

—Teaqua, *no*. —Todavía no.

—Necesitaré la ayuda del mensajero. —Teaqua no parecía haberse dado cuenta de nada. Miraba algo que Harumen no podía ver, que esperaba no ver nunca—. Dile a Ndavu que Chan me ha hablado y que debemos obedecerle. Moriré en su luz. —Teaqua sonaba temerosa, como si estuviera a punto de gritar de nuevo—. Tiene que haber un sepulcro.

Harumen oyó a alguien gimotear en la habitación contigua. Luego otros se le unieron. No supo si llorar por Teaqua o por ella misma.





hillip Wing no era un hombre religioso, así que se sorprendió cuando descubrió lo que había estado haciendo su esposa las tardes de los miércoles. No lo comprendió; había creído que Daisy estaba demasiado atareada para tener tiempo libre. Ambos tendían a trabajar en exceso, pero eso se debía a que cada uno de ellos amaba lo que hacía. Estaban enamorados de sus carreras, estaban enamorados el uno del otro; incluso los desconocidos admiraban su matrimonio.

—¿Que te has unido a qué?

—Un amigo me invitó a acudir a un grupo de estudio en la misión. —Daisy volvió a llenar su vaso de una garrafitita—. He acudido dos veces, eso es todo. No me he unido a nada.

—¿Qué es Jo que estudiáis?

—Siéntate, Phil; no pretendo convertir a nadie. Simplemente estoy recapitulando. —Dio un sorbo a su vino y aguardó a que Wing se sentara—. Todavía no han dicho

ni una palabra sobre inmortalidad. En general, hablan de historia.

—¿Historia? ¿Historia? Los mensajeros no llevan aquí el tiempo suficiente como para saber nada acerca de historia.

—Siete años. El primer contacto se produjo hace siete años. —Suspiró, y de pronto estaba dando una conferencia—. La evolución cultural sigue esquemas predecibles. Hay interesantes correlaciones entre la humanidad y algunas de las otras civilizaciones con las que los mensajeros han contactado.

Wing sacudió la cabeza.

—No lo capto. Llevamos juntos desde, ¿cuándo? ¿Desde el cincuenta y uno? Cinco años, y todo lo que importó nunca fue el albergue. Lanzaron una nuclear sobre Ginebra, ¿y qué? Una revolución en México, ¿a quién le importa?

—A mí me importa —dijo ella.

Eso le detuvo por un momento. Llenó con aire ausente el vaso del contenido de la garrafita y dio un sorbo antes de darse cuenta de que se trataba del riesling sintético que ella estaba ensayando como vino de la casa. Lo tragó con dificultad.

—¿Quién es el amigo?

—¿Qué?

—El amigo que te llevó a la misión. ¿Quién es? —Wing sólo suponía que se trataba de un hombre. Era una buena suposición.

—Un cliente regular. —Daisy apartó la vista de él y señaló con la cabeza la fulgurante escultura en la pared—. Ya conoces a Jim McCauley.

Todo lo que él sabía era que McCauley era un artista local que se había hecho un cierto nombre con sus extravagantes bulbos de luz. Wing observó el movimiento de la luz pastel sobre el rostro de ella e intentó verla como la veía ese cliente regular. Daisy no era hermosa, aunque podía ser atractiva cuando prestaba atención a los detalles.

No se peinaba el cabello cada vez que el viento lo alborotaba, ni se preocupaba demasiado de las arrugas en las comisuras de los ojos. Su rostro era un rostro inteligente, anguloso, propio de un yanqui de New Hampshire. Era una mujer fría; quizá no mostraba sus emociones lo bastante a menudo. Pero tenía el aspecto de alguien que sabía qué cosas importaban, no como cualquier videorreina suburbana con el cerebro asado por el teleenlace. Wing tenía buenas razones para amarla. Se deslizó en el diván y la besó debajo de la oreja.

—No me hagas cosquillas —rió ella—. Estás invitado, ¿sabes? —Lo apartó, pero no demasiado—. El nuevo mensajero, Ndavú, está interesado en el arte. Ha mencionado varias veces la Nube de Cristal. Realmente tendrías que ir. Podrías aprender algo. —Una vez hecho su discurso, le besó.

Wing contempló la gran excavadora devorar a sus pies la sección de la Ruta 302 NH que cruzaba el paso de Crawford. Sus dientes mecánicos desmenuzaban el asfalto a pequeños trozos. Después, una Caterpillar de pala ancha recogía los restos bituminosos y los echaba en camiones que luego se encaminarían a la planta de reciclado de Concord. Una vez la vieja carretera hubiera sido extirpada de sus cimientos de grava, los equipos empezarían a tender el trazado subterráneo de la Nube de Cristal. Después del deshielo de primavera, una pavimentadora del tamaño de un braquiosauro regurgitaría asfalto para cubrir esa base. La Ruta 302, en su tramo que cruzaba el paso de Crawford, era la última fase de los noventa y siete kilómetros que seguían el trazado de las carreteras existentes a través del corazón del Bosque Nacional de White Mountain.

—Ya no falta mucho —dijo el piloto del hover—. Hablan de efectuar el test de energía dentro de diez semanas. Tres

meses, y todo listo.

Wing no dijo nada. Diez semanas. A menos que otro juez preservacionista fuera convencido de que debía meterse en el asunto, o la Fundación de las Siete Maravillas decidiera que ya había gastado demasiado y le planteara pleito por los retrasos. El proyecto llevaba ya dos años de retraso, y hacía mucho tiempo que había engullido la totalidad de un presupuesto ya de por sí generoso. Wing sabía que había cometido errores, aunque sólo se los admitía a sí mismo. A veces incluso le preocupaba la idea de haber malgastado su oportunidad.

El hover era propiedad de Gemini Fabricators, la compañía líder en el consorcio que había conseguido el contrato de construcción de la Nube y su trazado. Wing sabía que el piloto tenía instrucciones de mantenerle en el aire durante tanto tiempo como fuera posible. Cada minuto que pasaba inspeccionando el trazado era un minuto menos que tendría para ir a comprobarlo todo en la recién completada plataforma de embarque con Laporte y Alz. Laporte, el canadiense que la Siete Maravillas había contratado como director del proyecto, no hacía secreto su desánimo ante la idea de tener que malgastar un tiempo valioso con Wing. Laporte había dejado muy claro que creía que Wing era ampliamente culpable de todas las desgracias del proyecto. Ambos hombres reconocían que, en este último estadio de construcción, no había ninguna contribución positiva que Wing pudiera hacer. Todo lo que podía hacer era observar las diferencias entre lo que habían construido y lo que habían imaginado.

Wing había pasado cinco años en Yale luchando por conseguir un título, pero cuando se graduó tuvo la seguridad de que había cometido un error. Le fueron ofrecidos varios trabajos, pero no el que deseaba. Había estudiado arquitectura con la imposiblemente ingenua esperanza de que, algún día, alguien le permitiera diseñar un edificio tan grande como sus ambiciones. Deseaba

construir hitos, no programar fábricas para fabricar los modelos de este año de los habitubos pensados para las masas demasiado pobres como para permitirse auténticas casas. En vez de trabajar, decidió pasar el verano después de la graduación recorriendo a pie el sendero de los Apalaches. Solo.

Mientras trepaba al risco de Webster en el paso de Crawford, jugó a un juego de poesía contra su cansancio. *Un zéfiro masajea el árbol artrítico*. Estaba tan sólo a unos kilómetros de la Cabaña del manantial Mispach del Club de la Montaña de los Apalaches donde iba a pasar la noche. *Caminando promiscuamente en un cielo mandarino*. Wing lo convertía en un juego porque en realidad no creía en la poesía. *Los dientes de piedra muerden los dedos solipsísticos*. Una nube baja se deslizaba a través del paso justo en el momento en que el sol de última hora de la tarde brotaba del cubierto cielo a una irregular franja azul sobre el horizonte. Algo extraño le ocurrió entonces a la luz, y por un instante la nube se vio transformada. *Una nube de cristal*.

—Una nube de cristal —murmuró. No había nadie para oírle. Se detuvo, observando la nube pero sin verla, experimentando en vez una abrumadora visión interior. Una nube de cristal. La imagen se hinchó como una burbuja; se pudo ver a sí mismo flotando con ella, libre de preocupaciones, realizado. Por primera vez comprendió lo que la gente quería decir cuando hablaban de inspiración. Siguió pensando en la nube de cristal durante todo el camino hasta la cabaña, toda la noche. Todavía estaba pensando en ella semanas más tarde, cuando alcanzó la cima del Katahdin, el extremo norte del sendero, y pensó en ella en el hover que le devolvió a Connecticut. Hizo algunas investigaciones y realizó unos cuantos bocetos, y sintió una extraña satisfacción ante la enorme inutilidad de todo aquello. Aquel otoño, la Siete Maravillas anunció la apertura del concurso de diseño norteamericano. Phillip

Wing, un arquitecto de veintisiete años no registrado, desempleado e inseguro de sí mismo, pasó la única inspiración de su vida a disco y entró en el concurso porque no tenía nada mejor que hacer.

Ahora, mientras miraba por la ventanilla del hover el paso de Crawford, Wing no pudo evitar el envidiar a ese hombre joven que había caminado por el bosque, hirviendo de ambición y, al mismo tiempo, desesperadamente temeroso de ser de segunda clase. A la edad de veintisiete años, Wing no podía imaginar los problemas en los que iba a verse metido a los treinta y dos. Plazos y reuniones, compromisos y contratos. Ese ansioso joven no se había dado cuenta de lo que significaba conseguir un rutilante premio al principio de una carrera, de tal modo que todo lo que venía después parecía falto de lustre. Ese enérgico joven nunca había estado realmente enamorado, ni había mirado impotente mientras el tiempo desgastaba el auténtico amor. Wing hizo un gesto al piloto, que inclinó el hover y se encaminó hacia North Conway, donde la plataforma de carga estaba lista para la inspección final.

El hover se posó sobre sus barras de aterrizaje como un viejo relajándose en un baño caliente. Wing aguardó a que se posaran de nuevo la nieve sucia y los torbellinos de basura agitados por el aparato. El centro de trabajo estaba sembrado de tazas de café, bulbos de cerveza aplastados y suficientes envoltorios de vitabulk como para cubrir el monte Washington.

Wing abrió la escotilla y fue recibido por un viento cortante como un cuchillo; no hubo comité de bienvenida. Agarró su tablilla de trabajo y cruzó la helada zona de aterrizaje hacia las oficinas de campo, un grupo de habitubos comerciales que parecían como una cadena de salchichas de plástico que hubiera dejado caer algún gigante descuidado. El tubo de la Siete Maravillas estaba vacío, y el teleenlace sonaba. Wing pensó en responder,

pero eso era exactamente el tipo de cosa que volvía a Laporte loco. Así que en vez de ello fue a la siguiente puerta, la de Gemini, en busca de Fred Alz. Wing sospechaba que algunos de los problemas del proyecto surgían de la confabulación entre Laporte y Alz, el superintendente de campo de Gemini; ninguno de los dos querían saber mucho con los arquitectos. Una mujer a la que Wing no reconoció estaba sentada ante una pantalla CAD, comiendo un donut de vitabulk y contemplando cansinamente los detalles de la parrilla estructural de ferroplástico.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Wing.

—Fueron a la ciudad a verle a él.

—¿A él?

—Creo que es un él. Un mensajero: No-duda o algo así.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Quizá busque conversos. Con la inmortalidad, tal vez tengamos alguna posibilidad de terminar esto. —Dio un mordisco a su donut y le miró por primera vez—. ¿Quién demonios es usted?

—El arquitecto.

—¿De veras? —No pareció impresionada—. ¿Dónde está su sombrero de copa?

Wing sabía lo que todo el mundo decía de él: que era un arrogante hijo de puta con un chip en el hombro del tamaño de la pirámide de Keops. Que desde hacía un tiempo vivía de su reputación. La ingeniero no se quedó para seguir oyendo; se marchó, dejando a Wing hirviendo a fuego lento sobre los residuos de una tarde. Poco después, Alz y Laporte entraron riendo. Probablemente de él.

—Lamento haberle hecho esperar, Phil. —Laporte alzó ambas manos en irónica rendición—, pero hay buenas noticias.

—¡Son las dos y treinta y ocho! Este maldito proyecto lleva veintiún meses de retraso, ¿y usted se dedica a ofrecerles visitas organizadas a los alienígenas?